

«LA RAZON DE LA SINRAZON: VISION ULTIMA DE GALDOS»

Antonio F. Cao
Hofstra University

La razón de la sinrazón (1915), una de las últimas obras de Pérez Galdós, ha sido hasta el presente poco estudiada, considerándose la como caso aislado y casi triste excepción dentro de la producción literaria del escritor canario. Pertenece, sin embargo, junto con *Electra* y *El caballero encantado*, a ese último período en que el indiscutible maestro del realismo se aleja de su estética habitual y, superando su fase previa, la del realismo espiritual o del espiritualismo, según la denominación de Casaldueiro¹, busca nuevos derroteros.

Lo inverosímil, característica esencial de la obra que nos ocupa, no resulta, ni con mucho, nuevo en Galdós, según ha señalado Julio Rodríguez Puértolas². Ya están ahí en un principio *La sombra* (1870) con la febril imaginación del doctor Anselmo, o la «no existencia» del protagonista de *El amigo manso* (1882) o, posteriormente, *El caballero encantado* (1909), obra paralela tanto temática como estructuralmente a *La razón de la sinrazón*. En efecto, en ambas sus respectivos protagonistas pasan por una serie de transformaciones y avatares similares. Así, Tarsis-Gil y Alejandro son políticos y también campesinos, en tanto que Cintia-Pascuala y Atenaida son maestras de escuela. Asimismo, la purificación por el fuego, ya se trate de un hecho violento por parte de los labradores o de un cataclismo, conduce en ambas obras al triunfo de lo utópico. Esto en el caso de la primera ya ha sido señalado por Ricardo Gullón³.

Genéricamente la obra que nos ocupa presenta cierto hibridismo; está a caballo entre la novela y el teatro. De «fábula teatral absolutamente inverosímil» la define su autor⁴. Fábula es término normalmente solidario de la narrativa. Sin embargo, en la nota preliminar de *Alceste* —de indiscutible esencia dramática— había utilizado su autor este término al referirse a dicha obra⁵. Este hecho, así como el dramatismo del lenguaje de *La razón de la sinrazón*

—con sus breves y animados parlamentos— me llevan a considerar esta obra como eminentemente dramática. Súmese a ello su representabilidad, al ser más breve esta pieza que incluso alguna de las reconocidas como integrantes de la «legítima» producción dramática de nuestro autor, tal como *Gerona*.

Por otra parte, el hibridismo resulta innegable a un nivel temático y estructural, en el que conviven lo mítico y lo cotidiano, lo inverosímil y lo realista, lo utópico y lo problemático. La innovación aquí estriba, más que en un simple proceso dialéctico, en la reversibilidad y, en última instancia, en la inversión misma de dichos polos. Ya no se trata aquí como en *El caballero encantado* de proteicos personajes con distinto nombre, sino que la transformación se opera en el personaje mismo como unidad no desdoblable, y así Alejandro, de figura fáustica, termina en simple labrador y otro tanto ocurre con su amada Atenaida, pues de figura mesiánica pasa a maestra de escuela.

Las instancias en que el protagonista se acerca al mito fáustico son diversas. Recordemos que ya el *Fausto* de Goethe había inspirado *La sombra*. Aquí se acentúa más aún el paralelo con el alemán, pues Alejandro —aunque no enteramente a nivel consciente— medra por la intervención demoníaca. Asimismo, el nombre de la mujer de Alejandro, Helena —con su helenizada «h» inicial— recuerda a su homónima de la leyenda fáustica y, al igual que ésta, resulta ser un espejismo.

De mayor complejidad es la filiación mítica de Atenaida. Ante todo es figura mesiánica, y como tal, es víctima de las demoníacas tentaciones de riqueza, poder y gloria. Sin embargo, con ella son inútiles las tentaciones que hicieron sucumbir a la Margarita del *Fausto*: «...No la rendirán ni con librotes de sabiduría pedantesca, ni con vestidos, ni con alhajas...» (363), afirma Arimán, jefe de todos los diablos. Este, por otra parte, prefiere tentarla como «alter Christus»: «...Dios omnipotente no te dará lo que yo te daré. Yo te estimo, reconozco tus singulares méritos, y los recompensaré haciéndote reina» (377).

Incólume ante estas tentaciones, Atenaida manifiesta su carácter mesiánico de manera definitiva en la escena justo antes del cataclismo purificador que precede a la paz idílica, hacia el final de la Jornada tercera:

ALEJANDRO (que cae de rodillas junto a Atenaida).—Divina mujer, cuando estés en el cielo acuérdate de quien tanto te amó.

ATENAIDA.—Amor mío, nada temas. Ven a mí (385).

Si aquí las palabras de Alejandro recuerdan al Buen Ladrón, la respuesta de Atenaida marca la transición del personaje-mito al personaje de «carne y hueso» en un entorno que va a pasar de lo real a lo maravilloso, o si se quiere, a una realidad mayor aún, a la utopía. La transformación de los personajes, empero, conlleva su característica mítica, haciéndola pervivir en la praxis; me refiero al trabajo incesante en favor del prójimo y a la caridad cristiana. Los dos mitos quedan fusionados en la unión de la pareja.

La reversibilidad e inversión ocurre también, y en forma más acusada aún, con respecto a la inverosimilitud y al realismo. La acción que se nos presenta como real correspondiente a las tres primeras jornadas transcurre aparentemente en esa geografía imaginaria tan frecuente en sus obras teatrales, hecho

ya señalado por Gonzalo Sobejano⁶; es decir, en Ursaria, ciudad de Farsalia Nova. Y sin embargo, no es difícil ver cierto paralelo entre esta región y Castilla la Nueva y otro mayor aun entre Ursaria, o villa del oso, y Madrid. Es más, en la «Guía espiritual de España» que acompaña a la obra que nos ocupa en su primera edición de 1915, Galdós explícitamente señala al referirse a la Villa del Oso y del Madroño que «el Oso es el Madrid que vive desde la Plaza Mayor por arriba, y el Madroño lo que llamamos barrios bajos»⁷.

La carrera política de Alejandro queda enmarcada por ese barrio elegante simbolizado por el Palacio de Don Dióscoro, que queda totalmente destruido tras el apocalíptico cataclismo. La acción inherente a los altibajos de la política es sólo aparente, es «el absurdo de la sinrazón». Mientras que lo inverosímil —las intervenciones diabólicas contrapuestas a la acción bienhechora del principio vencedor de la lógica y la razón encarnado por Atenaida— cambia de signo al convertirse al final en lo utópico. Esta utopía, una vez entronizada, resulta totalmente verosímil. Es decir, que la verdadera acción comienza en la jornada cuarta con la sociedad utópica sin problemática alguna, mientras que la peripecia argumental precedente es tan falsa como la súbita reparación de la finada Helena, mujer de Alejandro. Lo real verosímil —política, dinero, etc.—, es falso, absurdo, a la par que lo inverosímil utópico resulta verdadero. La carga semántica de estos vocablos queda pues igualmente invertida: lo inverosímil de lo absurdo reina sobre las tres primeras jornadas, en tanto que lo verosímil de lo lógico preside sobre lo utópico.

Lo anterior arroja luz sobre el título de la obra, también sujeto a los principios apuntados de reversibilidad e inversión. En efecto, si consideramos «sinrazón» como sinónimo de absurda realidad, entonces «razón» equivaldría a causa de los males sociales apuntados debidos a la acción de los políticos y magnates. Por el contrario, si destacamos el término «sinrazón» como solidario del sueño utópico, entonces «razón» tendría un significado, más literal, de verdad. También podría considerarse al primer término del título como surgido del segundo; es decir, que la razón como principio ordenador triunfa sobre el caos de la sinrazón. Mediante esta polisemia, tan característica de las literaturas de vanguardia aparecidas alrededor de la fecha de composición de esta obra, reitera Galdós su afán renovador.

En esta pieza irrumpe, asimismo, un simbolismo irónico afín al que antaño animara la obra galdosiana. Si Madrid es una inmensa «república de las aves» en *Fortunata y Jacinta*, cuyos habitantes van de árbol en árbol, a juzgar por los nombres de las sucesivas calles a que se va mudando la doña Paca de *Misericordia* en su venir a menos, y si toda la familia Pez tiene con ese apellido un tratamiento paródico, en la obra que nos ocupa la simbología opera irónica y satíricamente a nivel de la onomástica valiéndose de nombres de plantas; los magnates de Ursaria, señores de Cucúrbitas y Cylandros, se ven reducidos al reino vegetal y, como tales, vegetan.

También irrumpe levemente la simbología de la masonería desde diversas perspectivas. Por un lado, Atenaida deriva su nombre de la diosa Atenas y encarna a la razón, cuya instrucción es el fin primordial de la masonería⁸. Por otra parte, la presencia de las diablás, cuya habla popular las hace simpáticas

al lector o espectador, guarda cierta relación con la visión antimasónica de raíz popular de considerar como diabólicas a las mujeres asociadas con este movimiento⁹. En tanto que la comida que sirve el cura don Hilario en el cuadro sexto de la última jornada posee, una vez instituido el imperio de la razón, visos de ágape, o banquete masónico desprovisto de todo ritual organizado a continuación de la «tenida» o reunión en la logia masónica¹⁰.

Por otra parte, Galdós desarrolla otra estructura simbólica a manera de leit motiv cuya eclosión ocurre de un modo explosivo al final de la tercera jornada. Y así, cada vez que Alejandro urde un nuevo embuste que le lleve adelante en sus ambiciones políticas o que le mejore económicamente, tiene lugar una leve perturbación atmosférica, que Atenaida dice ser una burla de los espíritus del mal. La tormenta va adquiriendo una carga simbólica negativa, excepto al final de la tercera jornada. Entonces, justo cuando Alejandro está dictando a Atenaida su renuncia al cargo de Ministro en su afán de purificación moral tras el fracaso de su proyecto de ley de reforma agraria, ocurre el susodicho cataclismo, símbolo ambivalente que en su aspecto negativo alude al justo castigo para la corrupta sociedad que Alejandro deja atrás, a la vez que anuncia, en su aspecto positivo, la purificación y redención del protagonista.

La carrera política de Alejandro toca a su fin precisamente debido a esa avanzadísima ley de reforma agraria que intenta promulgar y cuyo contenido sabemos por boca de uno de los detractores de la misma:

DIOSCORO.—...Ya conozco el proyecto. Establece la expropiación forzosa de los latifundios; el reparto de tierras entre los labradores pobres; la reversión al Estado de los predios que no se cultivan... (383).

Dicho personaje nos ofrece, asimismo, su opinión al respecto, al decirle a Alejandro:

...He leído tu proyecto agrario, que me parece admirable: admirable como cosa teórica, como anticipación o profecía de un porvenir remoto... Tu proyecto es materia de Academias y Ateneos, o bien plato sabroso en esas revistas que sólo sirven para distracción de los ilusos y soñadores. Por el momento guárdalo en el cajón de las hermosuras cuya realización corresponde a las generaciones venideras (379-380).

Es decir, que los intereses creados se protegen de todo cambio que afecte el «status quo» esgrimiendo falsas palabras. De hecho las tres primeras jornadas no son sino falsos coloquios, según vimos.

Según vimos anteriormente, las características míticas de los personajes cesan cuando la utopía queda entronizada, conforme se puede constatar en el penúltimo cuadro:

ATENAIIDA.—Mi conciencia purísima es espejo reluciente donde la voluntad divina proyecta la dirección que quiere dar a los hechos humanos.

ALEJANDRO.—Hermosa idea es ésa; mas para que yo la admita debo reconozcerte como santa.

ATENAIIDA.—(Con naturalidad, sin jactancia). La santidad, Alejandro mío, es cosa vulgar, vista y apreciada con el criterio común de las gentes; y yo, mujer

vulgar, no tengo reparo en sostener que debo ser santa para ti, aunque no lo sea para los demás.

ALEJANDRO.—(Con gran efusión). Sí, y en mi corazón tienes tu altar. Eres la perfección humana; por tu constante actividad y labor infatigable, vives irradiando energía y comunicándola a todos los seres que te rodean. Ejemplo soy de los afectos de tu santidad. Tú me sacaste del pantano de la mentira y de los convencionalismos sociales... Tú me trajiste del laberinto de Ursaria a la paz de este Campo de Vera, donde nacimos y donde santamente moriremos.

ATENAIDA.—Aquí practicaremos la verdadera santidad, que consiste en cultivar la tierra para extraer de ella los elementos de vida, y cultivar los cerebros vírgenes, plantel de las inteligencias que en su madurez han de ser redentoras (393).

También opera aquí el principio de reversibilidad al humanizarse la santidad y secularizarse lo religioso, aunque sin perder nunca su acendrada espiritualidad.

En este Congreso don Joaquín Casaldueiro ha expresado que Galdós era profundamente religioso en la misma medida que era profundamente anticlerical¹¹. Y, sin embargo, en este mundo utópico hay monjas dominicas que reciben la urna con la imagen divina con la que se ganaba la vida el Santo Pajón —y valga la onomástica paródica— antes de dedicarse al honrado trabajo de llevar y traer niños a la escuela de Atenaida. Eso sí, el Cura tiene un ama y admite tener virtudes «del orden social y del religioso aunque no todas las que constituyen el perfecto sacerdote» y «que hay un punto de conciencia en el cual» ha «dejado a un lado los escrúpulos» (391-2), con lo que nos confiesa indirectamente su incontinencia.

La generosidad caracteriza a esta utopía, ya que a nivel teológico —y no sin cierto humor irónico— fiel a la doctrina de Orígenes, hasta los mismos demonios se salvan, a excepción de Arimán, símbolo y encarnación del principio del mal.

Por otra parte, constituye esta utopía con su hincapié en la educación de las generaciones venideras y en lo de atender la agricultura una especie de dramatización, o más bien una puesta en escena —ya que al no haber conflictividad no puede hablarse «sensu strictu» de dramatismo— de su ensayo «Soñemos alma, soñemos» de 1901.

Con todo, este sueño en que priva la razón, esta fábula absolutamente inverosímil no puede borrar totalmente su entorno económico, político y social, la España de su época. Surge entonces una doble visión, lo utópico deja entrever su problemático reverso. Anverso y reverso parecen convivir en esta curiosísima obra enriqueciéndola, la cual dista mucho de ser una obra menos, disgregada del resto del «opus» galdosiano. En uno de los poquísimos escritos críticos referentes a esta obra, Ramón Pérez de Ayala tuvo a bien considerarla «como la clave o cifra con que la obra completa galdosiana se hace fácilmente comparable y adquiere un sentido transparente, llano, pródigo, tierno, evangélico»¹².

Galdós, al igual que Verdi, que Goya, que Cervantes —tan presente a lo largo de toda la obra partiendo del título mismo— nos ofrece en los años avanzados de su vida una propuesta optimista, y generosa, quiere creer en la salvación de la sociedad, de España y espera una revolución magnánima, no

cruenta, armónica. Asimismo, al igual que el último Unamuno, el de *San Manuel Bueno Mártir*, no sólo se renueva, sino que inclusive pone en tela de juicio muchas de sus posturas anteriores. Así, es indudable que la resolución argumental recuerda a la de *Peñas arribas* de Pereda, con quien Galdós sostuviera amigable controversia. Mas aquí la pareja nueva reemplaza todo concepto patriarcal arcaico. Aquí el realismo espiritualista se transmuta en utopía real en esta visión última de don Benito Pérez Galdós.

NOTAS

¹ Véase J. CASALDUERO, *Vida y obra de Galdós (1843-1920)* (Madrid, Gredos, 1974), pp. 109-134.

En este libro la obra que nos ocupa figura dentro del «subperíodo extratemporal» en el que Galdós para librarse de su obra anterior y de su mundo sueña lo social utópico (pp. 172-3).

² J. RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, «Introducción» a Benito Pérez Galdós, *El caballero encantado* (Madrid, Cátedra, 1982), pp. 38-9.

³ R. GULLÓN, *Técnicas de Galdós* (Madrid, Taurus, 1980), p. 247.

⁴ B. PÉREZ GALDÓS, *Obras completas*, 5.ª ed. (Madrid, Aguilar, 1968), vol. VI, p. 345. Todas las citas de la obras están tomadas de esta edición y del mismo volumen por lo que me limito a indicar en paréntesis tras cada cita el número de página.

⁵ *Ibid.*, p. 1.257.

⁶ G. SOBEJANO, «Razón y suceso de la dramática galdosiana», en *Benito Pérez Galdós*. Ed. de Douglas M. Rogers (Madrid, Taurus, 1973), p. 472.

⁷ B. PÉREZ GALDÓS, *La razón de la sinrazón y Guía Espiritual de España* (Madrid, Sucesores de Hernando, 1915), p. 258.

⁸ J. A. FERRER BENIMELI, *Masonería española contemporánea*, vol. I, 1800-1868 (Madrid, Siglo XXI de España, 1980), p. 172.

⁹ *Ibid.*, vol. 2. *Desde 1868 hasta nuestros días*, pp. 42 y ss.

¹⁰ J. A. FERRER BENIMELI, *La masonería en los «Episodios Nacionales»* de Pérez Galdós (Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982), p. 255.

¹¹ J. CASALDUERO, «El teatro último de Galdós en su mayor momento». III Congreso Internacional Galdosiano. Ponencia leída en la tarde del 27 de agosto de 1985.

¹² R. PÉREZ DE AYALA, «La razón de la sinrazón», *Las Máscaras, Obras completas*, vol. III (Madrid, Aguilar, 1966), p. 410.

BIBLIOGRAFÍA

J. CASALDUERO, *Vida y obra de Galdós (1843-1920)* (Madrid, Gredos, 1974).

— «El teatro último de Galdós en su mayor momento». III Congreso Internacional Galdosiano. Ponencia leída en la tarde del 27 de agosto de 1985.

J. A. FERRER BENIMELI, *Masonería española contemporánea*, 2 vols. (Madrid, Siglo XXI de España, 1980).

— La masonería en los «Episodios Nacionales» de Pérez Galdós (Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982).

R. GULLÓN, *Técnicas de Galdós* (Madrid, Taurus, 1980).

R. PÉREZ DE AYALA, «La razón de la sinrazón», *Las Máscaras. Obras completas*, vol. III (Madrid, Aguilar, 1961).

B. PÉREZ GALDÓS, *Obras completas*, vol. VI, 5.ª ed. (Madrid, Aguilar, 1968).

— *La razón de la sinrazón y Guía Espiritual de España* (Madrid, Sucesores de Hernando, 1915).

J. RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, «Introducción», Benito Pérez Galdós, *El caballero encantado* (Madrid, Cátedra, 1982).

G. SOBEJANO, «Razón y suceso de la dramática galdosiana», *Benito Pérez Galdós*, Ed. de Douglas M. Rogers (Madrid, Taurus, 1973).

JOSE IZQUIERDO Y EL «CUARTO ESTADO»

Francisco Caudet

Universidad Autónoma de Madrid

Es sabido que Galdós había preparado, antes de publicar el texto definitivo de *Fortunata y Jacinta*, dos manuscritos. El primero, llamado Alfa¹, contenía un esbozo de la novela; el segundo, llamado Beta, la versión que entregó a la imprenta y en la que, al corregir las galeras, todavía introdujo sustanciales modificaciones². El personaje José Izquierdo, al igual que el conjunto del capítulo IX, «Una visita al cuarto estado», experimentaron toda una serie de cambios durante este proceso de composición y corrección³. Quisiera detenerme en un análisis —que ha de ser, debido a los límites impuestos por la presente ocasión, necesariamente somero— de este proceso de creación para, a continuación, intentar sacar algunas conclusiones.

La práctica totalidad del manuscrito Alfa es un estudio del comercio matriense, grande y pequeño, a través de la saga de los Santa Cruz y de los Rubín⁴. En este estudio, de todos modos, los Santa Cruz ocupan un espacio mayor que los Rubín. Debía de ser así porque Galdós estaba más familiarizado en el mundo de la burguesía pero, además, porque ésta era la clase con protagonismo. En consecuencia, cuando empezó a reunir los materiales para la novela, y a componer con ellos el manuscrito Alfa, era de esperar que prestara más atención a la clase que representaba Juanito que a la que representaba Maxi. También parece lógico que, en ese primer esbozo, José Izquierdo y el «cuarto estado», como *Fortunata*, fueran simplemente referencias a una trama, más o menos folletinesca, que le permitieran introducir cierto movimiento en el cuadro de costumbres.

Algunos críticos se sienten agobiados, o a veces hasta molestos, por las pormenorizadas descripciones del mundo comercial, sobre todo de la parte primera, consolándose, desde luego con deleite, de descubrir en las dos últimas partes el genio fabulador de Galdós. Creo que, además de tener estos críticos

un problema que calificaré de lectura, cometen un adicional doble error. Porque olvidan que en la parte primera introdujo Galdós una información que no es en absoluto gratuita y que en esa parte primera había intercalado ya la acción de la novela.

En el manuscrito Alfa, en lo que a la acción se refiere, había apuntado Galdós el encuentro de Juanito con Fortunata; el viaje de novios durante el cual confesó Juanito las anteriores relaciones amorosas con Fortunata de las que había nacido un hijo; la visita de Ido a casa de los Santa Cruz cuando Juanito se hallaba en cama resfriado; la revelación de Ido a Jacinta de que el hijo de su marido vivía; la decisión de ésta de conocerlo y adoptarlo. Quedaba así esbozada la trama que llevaría a la situación descrita en el capítulo IX, «Una visita al cuarto estado» —y continuada en el capítulo X, «Más escenas de la vida íntima»—. Pero todavía no había dado título al capítulo IX —ni al X—; se trataba de episodios que no pasaban de ser meras excusas para seguir desarrollando el drama matrimonial de Jacinta y su frustración de no tener hijos.

José Ido y José Pilatos —así llamaba a José Izquierdo en el manuscrito Alfa— son presentados como una pareja de locos obsesionados, respectivamente, por el honor y la política. José Pilatos hace el papel, parodiando el Evangelio, de un Poncio-Judas (en la versión final Galdós le llega a llamar Iscariote) que entrega por unas monedas al hijo de Juanito, el Mesías (falso esta vez) que esperan tanto Jacinta como sus suegros. La acción, también paródicamente, transcurre durante las Navidades.

En este esquema, folletinesco, introdujo Galdós, al escribir el manuscrito Beta, una serie importante de cambios (el texto folletinesco alcanza pronto trascendencia y, al mismo tiempo, se la confiere al cuadro de costumbres, al «vistazo histórico sobre el comercio matritense». Tener esto en cuenta abre el camino que ha de permitir, de un lado, corregir el problema de lectura que señalaba antes y, de otro lado, valorar la relación dialéctica que Galdós había establecido, en «Observaciones sobre la novela contemporánea en España» [1870], entre cuadro de costumbres y acción, relación dialéctica que le sirvió para definir lo que entendía por novela realista).

La primera variante a destacar en el manuscrito Beta es que, a partir de las notas del anterior manuscrito, Galdós creó ficción en torno al «cuarto estado». En un principio a José Pilatos le correspondía actuar como un bruto y zafio borrachín, condenado en la vida al papel de comparsa. Pero el título del capítulo IX y el que cambiara el apellido del tío de Fortunata de Pilatos a Izquierdo, invita a establecer paralelos con el contenido del capítulo II, «Santa Cruz y Arnaix. Vistazo histórico sobre el comercio matritense». De la misma manera, el discurso político de la burguesía, que se había podido expresar a sus anchas en los ocho capítulos precedentes, tiene como contrapunto el discurso político que ahora hace, en el manuscrito Beta, José Izquierdo. Porque lo que éste dice de la I República, y de la Restauración que se preparaba en 1873, es otra versión de la Historia: la de una clase que había sido instrumentalizada y se hallaba desprovista de protagonismo, pero que había empezado a negarse a seguir desempeñando ese papel. El discurso de José Izquierdo, como el que

acabará siendo modelo —menuda ironía— de la clase contra la que se agitaba, tiene algunas incongruencias, pero hay en él el despertar de una concienciación y un fondo de verdad que no se deben pasar por alto.

Galdós, en el manuscrito Alfa, se había limitado a hacerle decir a José Izquierdo que era hombre honrado pero desgraciado, que no quería más asuntos con la I República, que había estado en las barricadas del 54 y en Cartagena, en donde había sido ministro de la gobernación, y que esperaba una colocación. En cuanto al episodio de la compra (es más justo hablar de compra que de venta; en este caso nuestro no es lo mismo) de Pitúsín I sólo se menciona lacónicamente: «...Jacinta y Guillermina cerraron el trato con el bestia de Pilatos»⁵.

En el manuscrito Beta, este episodio es presentado de manera muy diferente. Lo mismo cabe decir del discurso político de José Izquierdo. En lo tocante al «trato con el bestia de Pilatos», aun aceptando que Pilatos fuera una «bestia», ¿qué eran Jacinta y Guillermina? Porque fueron ellas las que indujeron a la operación de compra de un niño, acción delictiva, y en cuanto a Guillermina hay, además, el agravante de que había cobrado —a cargo de José Izquierdo— un corretaje. Los juicios de José Izquierdo sobre una elaborada relación de acontecimientos, todos ellos de relevancia en la Historia de España, precisan de una lectura también cuidadosa. Que participara o no en ellos es secundario.

José Izquierdo, en el manuscrito Beta, está contra lo que ahora llama «la República en esta judía tierra» y contra los políticos republicanos: Figueras, Pi, Castelar, Salmerón, etc. Pero con su denuncia —no se trata de un exabrupto— se erige en portavoz del despertar de la conciencia del pueblo al hecho histórico de que había vuelto a ser utilizado y traicionado. ¿Qué otro sentido tiene la retahíla de fechas: 1854, 1856, 1866, 1868 —a las que añade unos comentarios—, sino dejar constancia de que el pueblo había acumulado una experiencia y que la I República se había convertido simplemente en otra decepción más? Porque en 1854, en el pronunciamiento de Vicálvaro, las masas populares tomaron parte activa y decisiva. José Izquierdo cuando dice que se batió entonces «en las barricadas como persona decente», más que de él habla del pueblo. La burguesía liberal-progresista se limitó a instrumentalizar convenientemente a las masas en provecho propio: conseguir el poder. ¿Qué provecho —de ahí el énfasis de José Izquierdo en repetir que nunca le habían dado ningún empleo— sacó el pueblo? A quien sí le dieron una recompensa fue a Pucheta —personaje recordado por José Izquierdo—. Raymond Carr, que ha explicado los motivos de esta excepción, hace el siguiente análisis —no muy alejado del de José Izquierdo— de la revolución de 1854:

Los revolucionarios experimentados que sabían cómo encauzar la protesta primitiva para sus propios fines eran militares y políticos progresistas, decididos a vedar toda amenaza a la propiedad, una vez encumbrados por la jornada popular. Bajo la presidencia del general San Miguel, hombre valiente al que no asustaban las barricadas, crearon una junta para obligar a la corte a pactar y para contener una revolución que, según palabras de San Miguel amenazaba con «ruinas, sangre y anarquía». La junta «respetable» absorbió a la junta popular de los barrios obreros del sur de Madrid, convirtiendo a su figura principal, Pucheta,

en «instrumento ciego de los reaccionarios»; sus rufianes pronto dieron en aparecer a los vendedores de panfletos republicanos⁶.

En el 56 habla José Izquierdo como un miliciano, denunciando a O'Donnell por haber disuelto la Milicia Nacional y por haber lanzado a las tropas del Ejército contra las barricadas populares. En el 66 se hace artillero y habla contra la represión sangrienta de los rebeldes del Cuartel de San Gil. En el 68 participó igualmente en los acontecimientos de la Gloriosa pero no le llegó tampoco —como al pueblo— recompensa alguna. La descripción de sus actividades en Alcoy y Callosa de Ensarriá como cantonalista están en la misma línea revolucionario-popular. Cuanto dice José Izquierdo sobre estos diversos acontecimientos históricos es una versión de la Historia desde la perspectiva del «cuarto estado», continuamente marginado tras ser instrumentalizado. Por eso, tiene una específica significación el que, con gran sarcasmo y amargura, le comente a José Ido:

Dicen que les van a traer a Alifonso... ¡Pa chasco! Por mí que lo traigan. A cuenta que es como si verídicamente trajeran al Terso⁷.

Galdós, que en *Fortunata y Jacinta* —como en otras de sus novelas— mantiene consigo mismo un diálogo sobre la creación novelesca, sobre las relaciones de la novela con la realidad y los sucesos históricos, había enfrentado en este capítulo a Ido y a Izquierdo, dando a cada uno un papel y una función que tiene que ver con este tema. En el capítulo IX que nos ocupa, tras interrumpir Ido a Izquierdo interesado por si había o no recogido «a ese precioso niño», Galdós toma decididamente partido por el personaje que era menos novelero y hace este comentario, con el que muestra, además de la dialéctica cuadro de costumbres-acción, que se había decidido a dar a la «grave historia» primacía sobre la novela pitusina, con el objeto de equilibrar el peso de la narración favorable en el manuscrito Alfa, en lo que a este pasaje concierne, al folletín de Ido:

Buscaba Ido la novela dentro de aquella gárrula página contemporánea; pero Izquierdo, como hombre de más seso, despreciaba la novela para volver a la grave historia⁸.

Entiendo, pues, el discurso de José Izquierdo como una respuesta a la interpretación de la Historia que la burguesía había tenido la oportunidad de expresar durante los ocho primeros capítulos. La burguesía, durante el siglo XIX, fue consolidando su protagonismo económico y político. Fue la clase hegemónica. Pero esta situación tuvo como contrapartida dialéctica la aparición de una nueva clase: el proletariado urbano, el «cuarto estado». A Galdós no le quedaba más remedio que presentar, en una novela sobre la burguesía comercial madrileña, esa naciente contrapartida dialéctica y permitir que hablara también. Mas como algo naciente, como algo que no estaba todavía determinado. De ahí que la palabra de José Izquierdo, en general lúcida y coherente, presente a veces, insisto, junto a la aspereza contradicciones.

Antes del Sexenio Revolucionario, las luchas populares —el motín y las barricadas— eran formas violentas de manifestarse contra las condiciones de vida: falta de trabajo, subempleo, carestía de los alimentos básicos... Pero en

estas protestas no había todavía objetivos propios de clase. Se trataba sobre todo de respuestas violentas a insufribles coyunturas de hambre y de degradación social. A partir de 1868, el proletariado urbano empezó a comprender que cuantas veces se había embarcado con la burguesía había cometido un grave error. Cuando se llegó, en 1873, al colapso de la opción monárquico-amadeísta y se ensayó la opción republicana, el temor a las masas obreras explica que una vez fracasada la alternativa republicano-conservadora de Castelar, la burguesía se aprestara a refugiarse «en los cómodos brazos de la Restauración»⁹. Durante la Restauración se pretendió apartar al pueblo de la política. Mas la concienciación obrera y la conflictividad social aumentaron. Quedaba abierto «el ciclo revolucionario de la época contemporánea»¹⁰.

Ese ciclo quedaba anunciado, casi proféticamente, cuando José Izquierdo, portavoz de la nueva conciencia del «cuarto estado», le confesaba a José Ido, en un texto que he citado más arriba, que poco le importaba ya que sucediera a la I República la monarquía de «Alifonso o la del Terso»¹¹.

En el marco general de la novela, el reconocimiento objetivo de la coyuntural impotencia y frustración de José Izquierdo y del «cuarto estado» no implica, en modo alguno, que se les niegue protagonismo y futuro histórico. Es más bien, en ese marco, una anticipación del proceso de aprendizaje de Fortunata y, a la vez, del propio Galdós, cuya conciencia implícita corre parejas, en *Fortunata y Jacinta*, con la que se va fraguando a través de la conducta, sin duda problemática, de sus personajes populares, de sus antihéroes del «cuarto estado».

NOTAS

¹ Cfr. D. HYMAN, «The *Fortunata y Jacinta* Manuscript of Benito Pérez Galdós», tesis doctoral, Universidad de Harvard, 1972.

² El manuscrito Beta, como el Alfa, fue adquirido por la Universidad de Harvard. Las pruebas corregidas por Galdós se hallan en la Casa-Museo Pérez Galdós, Las Palmas de Gran Canaria.

³ Cfr. J. WHISTON, «Las pruebas corregidas de *Fortunata y Jacinta*», Actas del Segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, I, Las Palmas de Gran Canaria, 1979, pp. 258-265. Un tema por estudiar —no me puedo ocupar aquí de ello— es el de los numerosos cambios que introdujo, al corregir las pruebas, en el lenguaje de José Izquierdo, haciéndole hablar la jerga que aparece en la versión final.

⁴ De las 832 hojas del manuscrito Alfa, 688 pertenecen a las dos primeras partes. Cfr. D. HYMAN, *Op. cit.*, pp. V-VI.

⁵ Cfr. D. HYMAN, *Op. cit.*, p. 253.

⁶ R. CARR, *España, 1808-1939*, Barcelona, Ariel, 1978, p. 247.

⁷ B. PÉREZ GALDÓS, *Fortunata y Jacinta*, vol. I, Madrid, Cátedra, 1983, p. 343.

⁸ *Ibid.*, p. 343.

⁹ J. VICENS VIVES, *Historia social y económica de España y América*, vol. V, Barcelona, Teide, 1982, p. 130.

¹⁰ C. SECO SERRANO, «La toma de conciencia de la clase obrera y los partidos de la era isabelina», en C. Lida e I. Zavala, *La revolución de 1868*, Nueva York, Las Américas, p. 43.

¹¹ Cfr. *supra*, nota 7.